

La otra perspectiva del debate

Alfredo Acle Tomasini©

Más allá de las posiciones jurídicas, técnicas, financieras y económicas que hasta ahora se han vertido durante el debate de la reforma energética, su desarrollo nos permite observar ángulos de nuestra idiosincrasia que, si bien no afloran como argumentos expresos, subyacen en muchos de los planteamientos que se han hecho, tanto en la forma como están estructurados como en el efecto que buscan producir en la audiencia, mediante calificativos y remembranzas que reflejan la manera como se enseña la historia nacional.

Desconfiamos de la relación con el extranjero, e implícitamente asumimos una posición de desventaja, como si se tratara de un complejo de inferioridad que nos lleva a suponer que somos incapaces de asumir y mantener un trato de iguales, y por lo tanto por hecho que terminaremos como perdedores. Al menos así nos ocurrió en el pasado.

Los españoles conquistaron pueblos y territorio de lo que más tarde sería la nación mexicana; los estadounidenses se apañaron la mitad del territorio en una guerra injusta y fríamente calculada para ese fin; los franceses, pese a la batalla del 5 de mayo, impusieron un efímero imperio; las empresas petroleras extranjeras sobreexplotaron por decenios a trabajadores y recursos.

El común denominador de estos parteaguas de nuestra historia es que al extranjero siempre lo ayudó alguien de dentro; los tlaxcaltecas se aliaron con los españoles para combatir a los mexicas o aztecas, para colmo Cortés desposó a una indígena; Santana vendió una parte del territorio y las clases acomodadas de la capital celebraron la invasión estadounidense; los conservadores, coludidos con los franceses, facilitaron el arribo de Maximiliano; buena parte de las concesiones petroleras se otorgaron durante la dictadura Díaz, y la sobreexplotación de personas y mantos se consintió por varios gobiernos, incluso revolucionarios.

En qué medida este tipo visiones que funden el abuso del extranjero con la traición del propio calan en el imaginario popular y quedan ahí cual botones de computadora; basta oprimirlos para despertar un sentimiento que se alimenta de un recuerdo histórico, a menudo enseñado en un vacío, sin contexto, sin explicación, sin la posibilidad de ahondar para aprender de él, como una fórmula para que no nos acobarde volver a intentarlo, sino para entender por qué nos equivocamos.

Pero no nos gusta meditar, es más fácil buscar culpables; los nombres y apellidos que nos releven de nuestra porción de culpa, y satanizar las propuestas fallidas, antes que buscar hasta el cansancio las razones del fracaso. En esta medida los márgenes se estrechan, las opciones se reducen; nuestro reto ya no es pensar fuera de la caja, sino evitar que está se haga cada vez más chica.

Los malos resultados de la gestión del Estado satanizaron a las empresas públicas como una opción para impulsar el desarrollo nacional; los errores, la creación de lucrativos monopolios y la opacidad del proceso de privatización lo han satanizado hasta tal punto que ya ni siquiera es dable sugerir la posibilidad de asociar recursos públicos con privados. Resulta interesante recordar que en plena euforia echeverrista, el Estado mexicano y el sector privado crearon un consorcio para explotar el yacimiento de fierro más grande del país: Peña Colorada. Hoy, esta opción que fue antaño un caso de éxito, ya no es políticamente viable.

Qué paradójico que el fracaso de dos opciones tan distantes, como son la participación del Estado y la privatización, terminen satanizadas por la misma causa raíz; una planeación pobre plagada de objetivos etéreos y sin metas precisas; una implantación deficiente al ejecutivo ritmo del ahí se va, y una nula valuación para al menos saber si deberíamos de corregir el rumbo. Ambas dejaron de ser medios para convertirse en fines en sí mismos.

Lo más grave es que este entramado de clichés, mitos, prejuicios, estereotipos y una buena dosis de ignorancia en la materia, crean un campo minado que nos impide comprender y avanzar en la solución del problema. Abundan los porqués -sí o no- y, en cambio, poco se habla de los cómo, aunque ello se ha hecho con un simplismo que estremece; nada más quítenle de aquí y póngale allá, y ya está.